

— Pues tomamos nuestras pistolas y machete en mano atravesamos entre todos, y el que caiga, caiga.
 — No, no es eso; va a tomar un disfraz, y tú te lo llevas.
 — Esa es otra cosa; que se vista de vieja; lo echo en la silla de mi mula, y no le huelen ni el polvo.
 — No está mal pensado—dijo Zuloaga.
 — Pues al avío, y pronto; al amanecer ya vamos muy lejos.
 — ¿Se resuelve usted, señor general?
 — Sí, me resuelvo; hay que pasar por todo para afrontar el peligro.

— ¡Qué peligro, ni qué peligro!—dijo Crispín— ¡Si esto lo hacemos en tanto que el aire.

Trajo la señora unas enaguas, y como juntaba el pelo que se le caía, para hacerse postizos, formó una especie de cabellera, se la puso al señor Presidente interino, le amarró las enaguas, le torció un rebozo y le cortó con las tijeras el bigote.

— Así está bien; hasta se antoja—dijo Crispín.

Lo montó en la mula, se puso en las ancas y salieron de León, rumbo a la capital.

VI

Luego que Miramón se enteró de la fuga, telegrafió a México y se reunió el Consejo de Estado para prevenir cualquier golpe y fijar definitivamente la Presidencia de la República en Miramón.

Por supuesto, que Zuloaga, luego que llegó a México, pidió garantías, y ofreció ya no ser Presidente ni nada que se le pareciera.

Pero el Consejo se reunió mientras que Miramón libraba la batalla de Silao.

VII

Mientras el general Severo Castillo, que con pundonor y todo, se había pasado a la reacción con armas y bagajes, se artillaba en Guadalajara, amagada por el general Ogazón, el general González Ortega, vencedor en Peñuelas, y sobre una ruta espléndida de victorias, se reunía con Zaragoza, Berriozábal, Doblado y Antillón, y llegaban frente a Silao, deseosos de encontrar al enemigo.

Por primera vez, González Ortega, la gran figura de la revolución, iba a estar frente a frente del caudillo supremo de la reacción militar y del clero.

Aquellas dos potencias iban a chocar sobre el campo de batalla. Iban a cruzarse dos espadas afiladas en los combates.

Los dos llevaban los laureles de las batallas.

La lucha debía ser terrible.

Los elementos acumulados eran poderosos.

Al aparecer el sol del 10 de agosto de 1860, comenzó la batalla.

Miramón se apoyó en la ciudad, y Zaragoza tendió su batalla en las lomas del frente.

Las múltiples piezas de artillería jugaban con estrépito en los dos campos.

Las infanterías avanzaron a paso de carga, diezmadas por el fuego.

La batalla se hizo general.

Los lances del combate no determinaban aún la superioridad.

Todos se batían con igual bravura.

Llegó el momento decisivo.

Entre aquellas oleadas que formaban las columnas dispersas o repechadas, en aquel retirarse y volver a la carga entre el plomo mortífero de los cañones, hubo un instante supremo.

Zaragoza empuñó la bandera, arengó con voz de trueno a sus soldados y se lanzó a la arena en una de esas inspiraciones sublimes que deciden el éxito de una batalla.

Todo aquel ejército, como llevado de una misma inspiración, y dominado por aquel gran espíritu, se lanzó en desorden sobre el campo enemigo, despreciando el incesante fuego de los cañones.

Como las corrientes impetuosas del Bravo, que desbaratan y arrollan a su paso cuanto encuentran, y sumergen las embarcaciones y se precipitan rabiosas sobre las inquietas olas del Océano; así aquella multitud aprisionó en su corriente desbordada el ejército enemigo. Artillería, trenes, banderas, armamento, todo cayó en su poder entre centenares de hombres y de generales, y jefes y oficiales.

Miramón ni aun pensó en una retirada militar; salió a uña de caballo del campo de batalla, apenas seguido por sus generales dispersos.

Llegó a México en los momentos en que lo declaraban Presidente, fuera de la acción de Zuloaga, y sin antagonismo.

Miramón ya no hizo caso de aquella declaración; sentía que la fortuna lo abandonaba para siempre.

CAPITULO XXIII

LAS ULTIMAS BATALLAS

I

Un joven inglés, Mr. Lanne, había llegado a México.

En sus facciones distinguidas, en su aire apuesto y aristocrático, se revelaba que pertenecía a una clase elevada.

Nadie sabía quién era, pero lo saludaban con gran respeto el ministro inglés y los cónsules británicos.

Tenía caja abierta en todas las casas inglesas de dentro y fuera de la capital.

Agobiado por el «spleen», se había marchado a la revolución, donde fué muy bien aceptado.

Luchó como buen oficial en las filas de Michoacán y del Estado de Jalisco; él fué quien dirigió las minas que volaron los fortines de Guadalajara.

Fué ascendido a teniente coronel, y lo conocía todo el ejército.

Sufría grandes escaseces, pero luego que llegaba a una población, se presentaba a una casa fuerte y sacaba fondos, que repartía entre sus compañeros, y más aún en la clase de tropa.

Guardaba un riguroso incógnito.

La noche de la gloriosa batalla de Silao, llegó una dama al campamento liberal; había atravesado sin temor entre los grupos derrotados, que se dispersaban por los caminos.

Se detuvo en una de las casas principales; traía cartas de buena recomendación.

—Necesito saber—le dijo a su huésped—si está aquí el capitán Carlos, un alemán, que viene con las fuerzas del general González Ortega.

—Precisamente hace una hora que ha estado aquí.

—¡Bien! ¿Y puede usted hacerle venir?

—¿Y puede usted hacerle venir?

—Inmediatamente.

Mientras el dueño de la casa fué en busca de Carlos, la dama se asomó a la ventana.

Venía un grupo de oficiales, y entre ellos el teniente coronel Lanne.

A la luz de un farol, lo reconoció la dama, dió un grito y cerró las vidrieras.

—¡Demonio!—dijo un oficial—Hemos espantado a la muchacha.

Lanne había oído el grito y algo pasó por su memoria, porque quedó perplejo.

—No puede ser—murmuró, y siguió su paseo.

En el grupo iban «Juan Gallinazo» y Pedro el fronterizo.

—Ya nada más tres quedamos—dijo Juan—, de los que empezamos la revolución: nosotros y el pobre Carlos, con su brazo de menos.

—No hay que cantar victoria—dijo el fronterizo—; todavía nos falta el rabo por desollar.

—Ya esto se acabó—respondió «Juan Gallinazo»—; ya ni hombres, ni dinero; estamos triunfantes.

—¡Qué bravo es el general Zaragoza!

—No me hables de ese hombre, porque yo daría por él toda mi sangre y toda la tuya y la del género humano.

—Todavía lo veo levantarse sobre su caballo, como un titán; empuñar la bandera y lanzarse como el huracán.

—¡Es una arrogante figura!

—La fortuna de nuestro gran general Ortega, está encendida, y triunfaremos.

—Ese hombre se transforma; no es el mismo, yo te lo juro; tiene una gran vista militar y un valor a toda prueba; es invencible.

—La reacción no ha dado más que un solo hombre, y nosotros tenemos muchos; allí está Degollado.

—Como ése no hay dos; lleva mil derrotas, y se ha levantado otras tantas veces, y pelea sin descanso, y agoniza, y lo desbaratan, y vuelve, con una insistencia que da miedo.

—Lloro todavía la muerte de mi querido coronel Juan Zuazua, muerto traidoramente por uno de sus ayudantes.

—Sabes, Pedro—dijo «Juan Gallinazo»—, que tenemos que vengar mucho.

—Sí..., mucho; pero tras uno vamos como tigres: tras ese general Altúnez, que personalmente ha asesinado a nuestros hermanos.

—Lo buscaremos y lo rebuscaremos en todas partes. ¡Ay de él si lo encontramos!

—No dura un minuto.

—Y sabes que hay un joven, el capitán Pablo, guerrillero y valiente, que me dijo anoche, brillándole los ojos como los de una pantera: «Yo busco a un hombre. Si lo encuentro, él o yo tenemos que entrar en la sepultura.»

—¿Quién será?

—No sé; pero Pablo, como nosotros, también busca y acecha; quiere vengarse.

—Y dime, ¿qué ha sucedido con tu estanquillera?

—Mira, Pedro—dijo «Juan Gallinazo»—: es una mujer que me ha querido mucho; quizá es la única alma que ruega y llora por mí. Sola, desamparada, no piensa más que en su amor; me da lástima, y la amo tiernamente; sería capaz de dar la vida por mí.

—Si triunfamos, la olvidas.

—No, yo nunca; ya he probado fortuna, y siempre salgo mal. Ella, y no más ella, es y me ha sido constante; sin mí, no vive; si la engañara, sería un criminal.

—Eso no quita...

—Que me gusten las hijas de Eva, y que tenga mis amores de revolución.

—Y muchas aventuras.

—La otra noche, por ejemplo, vi a un hombre que llevaba sobre su mula a una mejor. Este es mi botín de guerra, me dije; estaba yo de avanzada sobre León, y la detuve. La mujer no hablaba, pero le vi unos mechones de canas horribles, y, dándole un cintarazo a la mula, grité: ¡Fuera viejas! Y la dejé pasar.

—Por supuesto, eso de andar con viejas es del demonio.

— Ahora estoy alojado en una casa donde acaba de llegar una extranjera que es «bocato di cardinale».

— Pues al asalto.

— Estamos tan feos, tan quemados, tan hilachentos, que parecemos almas en pena. ¿Quién nos ha de hacer caso, si damos asco?

— Desgraciadamente, es verdad.

— Mira, mira a Carlos; ya me va a buscar a la casa de alojamiento; lo dejaremos que entre; él le hablará en gringo a la dama, y después nos contará.

Efectivamente, Carlos acudía al llamado de la dama.

— Dejemos a los amigos, que se larguen, y quedémonos aquí hasta que salga Carlos.

Los amigos se sentaron en la banqueta de la calle y esperaron a su amigo.

II

La dama había conocido al teniente coronel Lanné y se había ocultado.

— ¿El aquí?—se había preguntado.

Después de pensar un rato, exclamó:

— ¡Qué compromiso!... Pero a este desgraciado me lo quito con una palabra; además, después de tres años, lo poco que lo amaba, se me ha borrado del corazón... Venía por fastidio, por deseo de aventura, por no dejar... Maldito lo que quiero a este animal... Me cree su paisana; es cierto que nació en Alemania, pero fué ocurrencia de mi madre para ocultar mi nacimiento, pues lo francés lo llevo en la sangre.

Carlos entró en la sala, que estaba sola.

— Ya está ahí ese hombre—dijo la dama—; sólo falta que ahora me vaya a enamorar de él. Pero no hay cuidado; ya he visto a ese hombre que me enloqueció con su amor y siento todavía el fuego de entonces en mi corazón... Pero yo necesito concluir con Carlos y alejarlo; sería una horrible contrariedad.

Entró en la sala.

Carlos quiso arrojarle a sus brazos; pero ella lo detuvo, tendiendo su brazo sobre el pecho de su amante.

— Ofelia, ¿ya no me amas?—gritó el infeliz.

— ¡Qué feo estás!—dijo Ofelia.

— Sí, mucho—contestó Carlos, con las lágrimas en los ojos—; pero los soles de la campaña, el frío, las lluvias, los vientos, las tempestades...

Ofelia tomó un aire marcado de displicencia.

— No me has escrito en tres años.

— No he podido hacer llegar a tí mis cartas; pero no he dejado de amarte un solo instante.

— ¿Te falta un brazo?

— Sí, lo he perdido fatalmente en una acción de guerra, en Calamanda.

— Sería horrible casarnos con la mano izquierda; sería un mal presagio.

— Pero, ¿es verdad lo que estoy oyendo?—gritó el mutilado.

— Ya sabes que el amor es cuestión de ilusión, y nada más; me sería penoso ver, en mi noche de bodas, colgando, un brazo de palo en la cabecera de mi lecho y entre las cortinas.

— ¡La fatalidad! ¡La fatalidad!—exclamó Carlos.

— Después—continuó Ofelia—, salir a la calle con su marido sin brazo.

— ¡Pero esto es horrible!

— Y luego, vivir de la pensión.

— ¡Calla, por Dios!

— ¡Y pasar revista de mutilado!

— ¡Señora—gritó Carlos—, basta de insultar! ¿Para qué me ha llamado usted? ¿Qué me quería?

— Yo te conservaba en mi imaginación, como el día en que nos separamos, y por eso te he buscado. No encontré lo que perdí, y tengo la franqueza de confesarlo. ¿Quieres, acaso, que te engañe?

Carlos guardó silencio.

— Nuestro amor ha terminado; los sueños desaparecen; todo se desvanece y se pierde.

— Una palabra de esperanza.

— No siento aquí nada—dijo Ofelia, poniéndose la mano sobre el corazón.

— ¿Ni un solo latido de piedad?

— Nada; mi corazón no responde; no es mía la culpa.

— ¡Es que yo te amo!

— Separémonos, y vive como has vivido estos tres años sin mí.

— Está bien—dijo Carlos—. Yo había fijado en ti todas las esperanzas de la vida y concentrado mi sér y mi porvenir en tu amor... ¡Todo desaparece en un momento; todo se eclipsa y se esfuma para siempre!... ¡Yo no puedo pedir un sacrificio; pero tampoco puedo vivir esa existencia que te parece ridícula, y que lo es: mutilado, pensionista, fuera del ejército, solo y desamparado del mundo!... ¡No, nunca!

Sacó violentamente su pistola, y antes que Ofelia pudiera evitarlo, se disparó un tiro en las regiones del corazón.

Ofelia corrió a encerrarse.

«Juan Gallinazo» y Pedro entraron corriendo a la casa y vieron a Carlos ya muerto y empapado en sangre.

— ¡Quedamos dos!—exclamó Pedro; y los dos amigos se pusieron a llorar junto al cadáver.

III

Avanzaba la noche; las estrellas brillaban en el fondo oscuro del cielo.

Corría uno de los primeros vientos que anuncian el invierno.

Se oía allá, a lo lejos, el grito de los centinelas, y algunos cantos de los soldados.

La ciudad estaba en calma, después de aquel terrible combate del día.

Ofelia había citado a Lanne, y lo esperaba tranquila en las rejas de la ventana.

Se había quitado un obstáculo y no le importaba aquella existencia que se había consumido a sus pies.

Las primeras que desprecian a los suicidas, son las mujeres que han originado la catástrofe.

No habían pasado dos horas, y ya no se acordaba sino como un sueño, del infeliz suicida.

Le quedaba la repugnancia de aquel espectáculo sangriento.

En lo que le había dicho a Carlos había mucho de verdad; le había dado asco verlo sin brazo.

La poesía de un soldado a quien una bala arrebató un miembro, no la deslumbraba.

Pero, sobre todo, ya había visto al hombre de su amor y aquello borraba todas las impresiones y todos los recuerdos.

El suicidio es simplemente salvaje.

Una historia que sirve para activar el romanticismo de una mujer.

Después cree que todos deben suicidarse, y ya nadie se suicida.

Por el contrario, inspira un sentimiento de horror.

IV

Llegó el joven inglés a la reja de la ventana.

Al principio creyó que era una aventura, y hasta llegó a imaginarse que lo llamaba una vieja.

Se acercó pausadamente, y a la escasa luz del farol, distinguió la figura de Ofelia, dibujada sobre el fondo oscuro de la noche.

Pasó su mano por los ojos, como si quisiera desvanecer aquella imagen.

—¡Alfredo!—murmuró la joven.

Aquella voz penetró hasta el fondo del corazón del joven oficial.

—¡Ofelia! ¡Ofelia! ¿Tú aquí?

—Sí, he venido en tu pos, vi tu retrato, aunque con un nombre supuesto en el reverso; indagué con ansia, porque yo te buscaba al través del mundo, y al fin te he encontrado.

Con sus brazos rodeó el cuello del oficial, y sus labios buscaron los labios de aquel hombre.

—Sí, aquí estoy; aquí vivo, con ese nombre supuesto.

—¿Pero en qué estado te encuentras tú, el mimado de la guardia de corps de la Reina Victoria, hijo de un Lord de Inglaterra, empolvado, perdido en un campamento?

—Sí, desde aquella noche terrible en que tuve celos de aquel hombre, porque creí que tú lo amabas, y...

—¡Calla, calla, por Dios!

—Atun siento mi acero penetrar por aquel pecho y me salpica la caliente sangre.

—¡Calla, calla!

—Huí de Londres; me seguían con furor. Me embarqué para América; vine a los Estados Unidos, y después, a México.

¡Fuera de mi centro, sin mi familia, sin ti, sin mi patria, me lancé a la revolución, con deseo de encontrar la muerte!

Y la muerte no ha querido venir, sorda a mis gritos.

—Yo también he sufrido mucho: prófuga de Londres, regresé a París, huyendo de la persecución.

—Sí, sí; tú también.

—Yo no aspiraba más que a encontrarte. Un amigo mío me informó que habías girado una cantidad desde México, y hace seis meses que he llegado en busca tuya. ¡Qué feliz soy!

—Sí, Ofelia; me parece un sueño, que hayas atravesado el Océano.

—¿Y qué importan mis sufrimientos? Toda estoy compensada con volverte a ver.

—Sí, aquí nada me importa la nobleza británica; nos uniremos para siempre.

—¡Gracias, gracias!—gritaba la joven.

—Vuelve a la capital y espérame; ya la revolución puede decirse que ha terminado.

—Bien; te esperaré.

—Toma—le dijo Lanne, entregándole una cartera—; aquí hay libramientos en blanco; pide cuanto quieras, y allá nos veremos.

Los dos enamorados continuaron su plática hasta el amanecer, haciéndose juramentos y promesas de amor eterno...

Al triunfo de la revolución, cuando las fuerzas liberales ocuparon la ciudad, el teniente coronel Lanne buscó a Ofelia, y se encontró con una carta.

«Alfredo:

»Yo luciría tu nombre, tu título y hasta tu persona; pero no me encuentro con valor para la vida de «proscrita». Esto puede ser romancesco; pero es sumamente fastidioso. No he nacido para la sombra; yo voy sobre los grandes sucesos de la vida. Además, me choca esta tierra, con su clima dulce y benigno; yo quiero el sol de Egipto y el frío de la Siberia. Me he entretenido con las agitaciones revolucionarias; pero ya van a cesar, y me fastidio. La América es